Revista Española de Investigaciones Sociológicas (Reis)
N.º 121, 2008, pp. 55-80

Conocer a los que conocen: sociologías de las sociologías

Knowing those who know: the sociologies of sociologies

Alberto J. Ribes Leiva
Universidad Complutense de Madrid
Madrid - España
ajribes@cps.ucm.es

Palabras clave: Sociología de la Sociología, Historia de la Sociología, Teoría Sociológica, Sociología de los Intelectuales, Sociología del Conocimiento.

Keywords: Sociology of Sociology, History of Sociology, Sociological Theory, Sociology of Intellectuals, Sociology of Knowledge.

RESUMEN

El objetivo de este artículo es proponer un enfoque teórico para la sociología de la sociología, que se traduce en dos herramientas prácticas básicas. El artículo plantea inicialmente una crítica general a la sociología de la sociología, inspirada en las clásicas observaciones de Merton y Gouldner acerca de la improvisación con la que se realizan los trabajos de sociología de la sociología. En un segundo momento proponemos dos herramientas teóricas —enraizadas en la ya nutrida tradición de la sociología de la sociología— para llevar a cabo trabajos en este campo: los «criterios histórico-prácticos» y la «plantilla mínima para la investigación». Dichas herramientas permiten responder a las muy frecuentemente desatendidas tres cuestiones claves —¿cómo se ve a sí mismo un determinado autor?, ¿cómo es visto por otros?, ¿desde dónde ve?— para, de esta forma, ayudarnos a evitar los problemas que hemos analizado críticamente en la primera parte del artículo.

ABSTRACT

The aim of this article is to propose a theoretical approach for the sociology of sociology which results in two basic practical tools. To start off, the article puts forward a general criticism of the sociology of sociology that takes its inspiration from the classic observations of Merton and Gouldner regarding the improvisation used when carrying out work on the sociology of sociology. After this, we propose two theoretical tools, both of which are based on the ample tradition of the sociology of sociology, for carrying out work in this field: «historical-practical criteria» and «minimum research workforce». These tools make it possible to provide an answer to three key questions that are very often glossed over —How does a particular author see himself? How do others see him? From what viewpoint is he actually looking?— to help us avoid the problems we have analysed critically in the first part of the article.

Alberto J. Ribes Leiva
Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es Profesor Titular Interino en el Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica) de la Universidad Complutense de Madrid y *Research Fellow* honorario de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de Aberdeen (Escocia).

He gained his doctorate in sociology from the Complutense University of Madrid. He is currently Assistant Professor in the Department of Sociology V (Sociological Theory) at the Complutense University of Madrid, and honorary Research Fellow of the School of Social Science at the University of Aberdeen (Scotland).

Departamento de Sociología V. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Campus de Somosaguas. 28223 Pozuelo de Alarcón. Madrid. Spain.

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, ya nos advertía Merton acerca de la inadecuación de aplicar un doble rasero en sociología. Por un lado, «uno que exige la recolección sistemática de datos comparables, cuando tratamos de complejos problemas, por ejemplo, de estratificación social, y otro que acepta el uso de ejemplos fragmentarios al tratar de los problemas no menos complejos de la sociología del conocimiento» (Merton, 1985: 95). Gouldner, dentro de su propuesta de una sociología reflexiva y moralmente comprometida, también advirtió sobre la necesidad que tenían los sociólogos de estudiarse a sí mismos de la misma manera que estudian a los demás: «la tarea actual del sociólogo no consiste sólo en ver a los demás tal como se ven, ni en verse a sí mismo como lo ven los demás, sino también en *verse a sí mismo como ve a los demás*» (Gouldner, 1973: 31).

Lo más frecuente dentro de este subcampo de la sociología del conocimiento y de la ciencia —que a veces comparte espacios con la sociología del arte y con la sociología de los intelectuales— es encontrarse con trabajos de sociología de la sociología desnudos de teoría. Se presentan estudios sobre cualquier autor y quien los firma, un sociólogo riguroso cuando se enfrenta a cualquier otro objeto de estudio, se deja llevar por su espontáneo interés y simplemente presenta algunas impresiones subjetivas, sin método ni preguntas que guíen su investigación. Lo cierto es que los defectos señalados por Merton y Gouldner siguen teniendo vigencia. Pasemos, pues, a nuestra crítica de la sociología de la sociología, con el fin de identificar los principales problemas que presentan con excesiva asiduidad estos trabajos[1].

I. CRÍTICA DE LA SOCIOLOGÍA DE LA SOCIOLOGÍA

1. Ausencia de teoría y no explicitación de los supuestos

Uno de los principales defectos que encontramos en ciertos trabajos de sociología de la sociología es la notoria ausencia de una teoría que los guíe, así como de algún tipo de autorreflexión. Están fundamentados, en todo caso, en una teoría antiteórica que ni siquiera ha sido formulada[2]. La ausencia de teoría y de autorreflexión hace parecer que quien habla, quien escribe, no es un sociólogo ni una persona, sino la misma ciencia o algún Dios. Por utilizar la terminología de Latour, encontramos «modalidades positivas», que son los

[1] Como textos introductorios a la sociología de la sociología pueden verse el clásico estudio de Friedrichs (1977) y los más recientes de Torres Albero (1994a y 2002) y Ribes Leiva (2004 y 2005).

[2] Como señaló Sorokin (1964: 397), refiriéndose al empirismo de corte norteamericano, los autores de textos que, en principio, carecen de una teoría no se dan cuenta de que «esta posición antiteórica es también una especie de teoría», aunque ni siquiera han llegado a formular una «teoría antiteórica», al no haberse dado cuenta de ello o al no querer afrontar este problema.

enunciados que apartan las condiciones de producción de una afirmación. El propio Latour (1992: 23) comenta con cierta ironía sobre un enunciado de este tipo que «está desprovisto de cualquier rastro de paternidad, construcción, tiempo o lugar. Podría haberse conocido desde hace siglos o haber sido escrito por Dios mismo junto a los Diez Mandamientos».

Cuando hablamos de ausencia de teoría nos referimos a que no existe, en demasiadas ocasiones, un trabajo previo de clarificación de conceptos, ni se expone la manera en que el autor del estudio concibe la sociología. Y una de las cuestiones clave en este tipo de estudios es precisamente la manera en que el sociólogo de la sociología define (la mayoría de las veces de una manera implícita) la sociología. Por ejemplo, si un autor considera que la sociología está a mitad de camino entre la literatura y la ciencia es lógico que preste atención a los márgenes de la disciplina, a autores que hicieron o pretendieron hacer sociología de una manera literaria, como, entre otros, H. G. Wells (Lepenies, 1992). Si, por poner otro ejemplo, se considera que la «sociología moderna» es una ciencia y una actividad universitaria basada en el empirismo y proveniente de la «mentalidad anglosajona», es normal considerar a toda la sociología previa como un «humanismo ensayista» o una «filosofía de gabinete» y, desde luego, no como auténtica sociología moderna. El punto de partida teórico inicial y más inmediato será, pues, explicitar qué se entiende por sociología, qué se va a considerar sociología, cuál será la concepción de la sociología que guiará la investigación. Una cuestión tan crucial como ésta normalmente falta en los trabajos de sociología de la sociología.

Es también preocupante que en muchos de estos trabajos no se haga referencia a cómo se va a estudiar a un autor, de qué manera, ni sobre qué aspectos concretos de una hipotética investigación se va a prestar atención (y, por tanto, cuáles quedarán relegados, inevitablemente). Es muy frecuente encontrarse trabajos en los que no se emplea ninguna herramienta teórica para investigar. Se improvisa un estudio sobre un autor, por ejemplo, sin especificar si se va a atender a las relaciones del autor con las instituciones, con algún contexto, si se va a prestar atención a sus experiencias personales y, en tal caso, si se va a buscar o no una relación de dichas experiencias con su producción intelectual.

2. Descontextualización de los autores y las teorías

Algunas sociologías de la sociología prestan únicamente atención a las ideas de los autores. Se presta atención a las ideas o teorías, y se olvida la producción de las mismas. Las ideas se independizan de sus autores, los autores quedan liberados de los contextos que habitaron. Se olvidan esos trabajos de las ideas fundamentales de Karl Mannheim, que se resumen perfectamente en esta frase: «La sociología del conocimiento se esfuerza más bien en captar el pensamiento dentro del marco de una situación histórico-social, de la cual

emerge poco a poco el pensamiento individualmente diferenciado» (Mannheim, 1993). Para estudiar a un autor, desde la sociología de la sociología, es preciso afrontar una serie de decisiones. Una de ellas es la necesidad de situarlo en un lugar y en un tiempo determinados; a fin de cuentas, responder a la pregunta: ¿desde dónde ve un sociólogo? Sabemos que para hablar del mundo es imprescindible estar en él (Luhmann, 1996), y esto quiere decir que los autores escriben inmersos en una coyuntura y crean y producen conocimiento desde allí («conocimientos situados»). Pero esto sólo es el primer paso teórico, puesto que también debemos especificar desde dónde vamos a considerar que los autores conocen. Es decir, sabemos que los autores ven desde un lugar, pero debemos intentar investigar cuál es el lugar desde el que los autores ven, cuáles son esas «posibilidades visuales altamente específicas», por decirlo con Haraway (1995), o cuáles son las «posiciones» desde las que ven el mundo, por decirlo con Mannheim (1990).

3. Más allá de la sociología exitosa

La sociología de la sociología, además, no debe caer en el error de considerar que las teorías sociales, o los autores de las mismas, que han tenido más éxito y que pueden figurar en los textos de historia de la sociología se han impuesto por el simple reconocimiento de sus trabajos. Como advertía Merton (1985: 111): «para el análisis sociológico de la historia de la sociología, queda la tarea de descubrir las fuentes y las consecuencias sociales de atribuir trivialidad o importancia a líneas particulares de investigación»[3] (véase también Latour, 1992). Bloor en su propuesta del Programa Fuerte destacaba cuatro principios; en el segundo de los cuales, el de la imparcialidad, Bloor propone que se sea «imparcial con respecto a la verdad y la falsedad, la racionalidad y la irracionalidad, el éxito o el fracaso. Ambos lados de estas dicotomías requerirán de explicaciones» (Bloor, 1994: 98). Tal y como señaló Jones (1983), hay una diferencia fundamental entre estudiar la historia de la sociología y la «sistemática» de la sociología; es decir, por un lado, estudiar realmente qué sucedió en un momento determinado y, por otro lado, estudiar las ideas y teorías que todavía hoy son valiosas para la comunidad sociológica. El estudio de la historia de la sociología, según Jones (1983), desde el punto de vista de la «nueva historia de la sociología», debe tratar de dar cuenta del pasado de la manera más fiel posible, y eso incluye, sin duda, estudiar el fracaso y las líneas menos exitosas. También, más recientemente, Frickel y Gross (2005) han insistido en la necesidad de prestar atención a los «movimientos científicos e intelectuales» que no tienen éxito, y entienden, en la línea del Programa Fuerte, que es preciso no considerar una idea verdadera simplemente porque ha tenido éxito y ha al-

[3] Una postura que coincide, en cierto modo, con una de las propuestas de Bloor, la de la imparcialidad. Véase Bloor (1994). Véase también la relación que traza Bourdieu entre la propuesta de Merton, la suya propia y la del Programa Fuerte de sociología del conocimiento, en Bourdieu (2002a: 84-90).

canzado cierta popularidad. Por todo ello es importante analizar por qué unos autores han logrado tener éxito y arraigo en la tradición sociológica y otros han quedado en sus márgenes, y aun otros incluso fuera de la misma.

4. La obsesión por el descubrimiento primero o «las mañanas de fiesta»

Son abundantes las batallas de tinta que tienen lugar para determinar el origen de una idea o de una teoría y atribuirla a uno u otro autor. Decía Foucault (1979: 242) que a él, desde su programa para una arqueología del saber, no le interesaba «restituir la luz de esas mañanas de fiesta» en las que alguien por primera vez ha estado seguro de determinada verdad. Decir algo antes que alguien no es un gran mérito, ni tiene más importancia una idea o una teoría por el hecho de ser enunciada por primera vez; no está ahí su valor (puede ser original pero trivial), ni tendrá nada que ver con la manera en que esta teoría sea acogida por la tradición sociológica. El problema de quién dijo qué antes de quién pierde su relevancia obsesiva si se es consciente de cómo funciona el pensamiento en general —según ha estudiado con amplitud Collins (2005: 52), «las nuevas ideas se crean por combinación o recontextualización de las viejas»— y de cómo funciona la tradición sociológica en particular, que obliga a conocer qué han dicho los demás, y que nos ofrece una serie de posibilidades desde las que pensar.

Esta obsesión presenta, al menos, tres inconvenientes: en primer lugar, tal y como demostró Merton en su obra *A hombros de gigantes*, las hipótesis o las ideas de los autores tienen antecedentes a veces muy remotos, y la verdadera atribución de una idea es una cuestión muy compleja si se quiere ser exhaustivo y riguroso. En todo caso, es más correcto hablar de relaciones entre los autores (bien se trate a otro autor de una manera crítica o se empleen sus textos como inspiración; bien se trate de relaciones mediante los textos o mediante palabras, conversaciones, debates, seminarios), que a su vez no son más que relaciones de un autor con algunas partes específicas de la tradición sociológica, algo que no sólo es inevitable, sino que además es imprescindible si es que dicho autor hipotético quiere hacer sociología y ser reconocido como sociólogo. En segundo lugar, la propia reformulación de una idea en otro contexto (en el contexto de otra teoría, de otro libro, de otro artículo; en el contexto de otro momento histórico) modifica su significado, altera la idea original que se suponía estar reivindicando, a menos que se imitase el intento insensato de Pierre Menard[4] y se volviese a escribir el texto tal y como se encontró en el presumible ori-

[4] Narra Borges en uno de sus cuentos, «Pierre Menard, autor del Quijote», la aventura intelectual extraordinaria de Pierre Menard, quien: «No quería componer otro Quijote —lo cual es fácil— sino *el Quijote*», y sigue Borges: «Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran —palabra por palabra y línea por línea— con las de Miguel de Cervantes». Borges (1995: 90).

ginal con las mismas palabras. Como escribió Giddens (2001: 51), «lo que haga un pensador con las ideas que recibe no está contenido sin más en esas ideas». O, por decirlo con Whitehead, «todo lo importante ha sido dicho antes por alguien que no lo descubrió»[5]. Y, en tercer lugar, porque, tal y como han destacado algunos autores, el clima de la época (o el clima de la disciplina en la época) puede favorecer que surjan las mismas ideas en varios autores; pueden suceder, por tanto, «descubrimientos múltiples» (por decirlo con Merton, 1985). Aunque dichos autores no hayan tenido la posibilidad de leerse unos a otros, tal vez hayan leído los mismos libros, los mismos artículos, o hayan asistido a las mismas conferencias o seminarios, a las mismas universidades, o simplemente sean ideas que circulan por la tradición sociológica en un momento determinado.

5. Exaltación de un modo de hacer sociología

Como certeramente señaló Levine (1995), las historias de las disciplinas sirven para reivindicar un determinado paradigma, para justificar y elogiar una determinada concepción de la disciplina. El problema es que si la sociología de la sociología parte de un axioma férreo que condicione su concepción de la sociología como disciplina, es decir, si se usa como un medio para añadir o eliminar de las listas provisionales o de los cánones a sociólogos que trabajan desde diversos paradigmas muchas veces incompatibles y autoexcluyentes, al menos, debe tratar de formular explícitamente cuáles son sus pretensiones. Volvemos, pues, al asunto central de la necesidad de declarar cuál es su concepción de sociología (responder a la pregunta: ¿qué es sociología?).

En todo caso, aunque defienda una posición determinada, consideramos que una manera de intentar evitar este defecto es emplear un punto de vista histórico-práctico, ya que el conocimiento de lo que ha sucedido en el campo de la sociología, así como en cualquier otra historia de una disciplina concreta, es primordial. En todo caso, en este punto seguimos en la disputa entre las narraciones «presentistas» y las «historicistas»; las primeras interpretan el pasado en función del presente, mientras que las segundas pretenden explicar el pasado en sus propios términos (Jones, 1983). La apelación a los criterios histórico-prácticos, que veremos a continuación, debe entenderse como un intento de alejarse del «presentismo». En este sentido, cabe recordar también la «amnesia» de la que hablaba Sorokin. En 1956 escribía este sociólogo su famoso libro *Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines*, en el que hacía un esfuerzo de sociología de la sociología y situaba su posición integral en contraposición a otras sociologías, a las que pasaba revista. Lo que hizo Sorokin fue un esfuerzo por situar a sus teorías, y a él mismo, en el espacio de

[5] Citado en Merton (2002).

la sociología, y de combatir la «Metrofrenia» y la «Quantofrenia»; era un intento, pues, de situarse en el espacio de la sociología norteamericana y de desacreditar otras posiciones (especialmente, por un lado, reclamaba la paternidad de ciertas ideas de las que Parsons se sirvió sin citarle y, por otro lado, cargó las tintas contra el Grupo Dynamics). Sobre todo critica cierto empirismo norteamericano (crítica que continuarán posteriormente Mills y otros autores), las técnicas de investigación social y los excesos cientificistas de los modernos sociólogos. A nuestros efectos, lo interesante del texto de Sorokin es la llamada de atención sobre la historia de las ciencias sociales, por oposición a la amnesia que, según él afirma, sufren sus competidores. Lo que pone de manifiesto Sorokin es la falta de atención (desprecio o ignorancia) sobre el pasado de la disciplina y de hallazgos valiosos para la misma hechos desde otras disciplinas que ponen de manifiesto estos sociólogos «amnésicos» y con «complejo de descubridores». No es que interpreten de una manera u otra el pasado de la disciplina, sino que lo desprecian; le niegan el derecho a existir como parte de la tradición sociológica. Y, todavía peor, además, se apropian indebidamente (de manera consciente o inconsciente) de los descubrimientos originales que encuentran en el pasado.

Lo que criticamos, pues, es la falta de vigilancia crítica sobre sus propios supuestos que manifiestan algunos sociólogos de la sociología. Consideramos que un buen remedio a este defecto (que podría llamarse «amnésico», con Sorokin, bien se haga deliberadamente o no) es el enfoque histórico-práctico e inclusivo que propondremos más adelante, ya que nos previene de tomar decisiones *a priori*, y aunque defendamos un tipo de sociología será difícil obviar todas aquellas definiciones que no encajen en nuestra definición, así como cierta reflexividad, como la que proponía Gouldner (1973), que nos haga replantearnos nuestros propios supuestos teóricos.

6. Crítica de la unilateralidad

Es frecuente que en ciertos trabajos de sociología de la sociología se tenga sólo en cuenta el punto de vista del autor del trabajo. Resulta evidente que esto es insuficiente a la hora de llevar a cabo una investigación. Pensamos que debemos tratar de comprender cómo se definían los autores, cuál era su concepto de sociología, cuál era su relación con la tradición sociológica, cómo eran vistos por sus contemporáneos (sociólogos o no), cuáles eran sus relaciones con las instituciones claves en sus vidas y en la tradición sociológica (universidades, organismos internacionales, asociaciones sociológicas, etc.) y cómo son vistos por otros sociólogos de la sociología; lo que proponemos es examinar tanto cómo se interpretaban estos autores a sí mismos, cómo eran o son percibidos por sus contemporáneos, y cuál es su relación actual con la tradición sociológica. Pensamos que muchas de las confu-

siones y de los hechos paradójicos que un investigador puede encontrar en este campo se deben a que algunos de estos trabajos sólo atienden a un criterio básico: la subjetividad del propio autor, que, enfundado en su propia concepción de la sociología (normalmente implícita y oculta, como decíamos antes), juzga los trabajos de cualquier sociólogo o de cualquier escuela.

7. Sociología de la sociología rutinaria

A veces, la unilateralidad, que criticábamos antes, se combina con la tradición sociológica (en este caso la tradición de la sociología de la sociología) que opera en el momento en que se investiga, que tiene un origen igualmente subjetivo, pero que es objetiva en cuanto que existe como tal, y en cuanto que puede generar ciertas conductas rutinarias y repetitivas. Nos encontramos en esos casos con una especie de sociología de la sociología rutinaria. A los sociólogos e investigadores les ocurre lo mismo que a cualquier otro sujeto, y, por tanto, muchas de las acciones que llevan a cabo son acciones rutinarias. En el caso que nos ocupa, estas acciones rutinarias, o derivas investigadoras, se centran en la repetición de los mismos objetos de investigación, bien sean autores o grupos, y, por tanto, con mucha frecuencia se da el caso de que un mismo autor que sea definido como muy relevante dentro de la tradición sociológica sea objeto de una superabundancia de investigaciones, mientras que otros quedan marginados, por el simple hecho de no contar con una abultada bibliografía sobre sus trabajos. Ya nos hemos referido a la sociología de la sociología del éxito, y en esta ocasión lo que sucede no es tanto que un autor haya tenido éxito en la tradición sociológica como tal, sino que ha tenido éxito bibliográfico, ha tenido éxito como objeto de estudio privilegiado, y, por tanto, los trabajos sobre él se suceden, bien sean críticos o laudatorios. A esta deriva rutinaria de los investigadores hay que añadir el «efecto Mateo». Merton, con el denominado «efecto Mateo» («... Pues al que tenga se le dará, y tendrá abundancia; pero al que no tenga se le quitará hasta lo poco que tenga», escribió San Mateo en el Evangelio), puso de manifiesto la desigual atención y reconocimiento que reciben los trabajos hechos por unos autores u otros (cfr. Merton, 1985: 562 y ss.; cfr., también, Torres Albero, 1994b, y Crane, 1965). Tal vez, la propia esencia de la tradición sociológica al realzar la importancia de ciertas figuras en detrimento de otras empuja, en cierto modo, a los investigadores a centrar su interés en ellos. Sin embargo, es preciso estar alerta sobre cuánto hay de rutinario en este tipo de investigaciones. Permítaseme traer aquí a colación una frase de Boudon (1974: 91), referida originalmente a la sociología en general, pero que sintetiza la idea que acabamos de exponer: «menos extradeterminada que la economía, menos introdeterminada que la biología, la sociología corre más bien el riesgo de la rutina. Por ello es indispensable institucionalizar una reflexión crítica sobre sus productos».

8. La institucionalización de la sociología como fuente de su historia

Hace ya algunos años, Marsal presentó su crítica a la manera de hacer historia o sociología de la sociología en su texto *La crisis de la sociología norteamericana* (1977). Según Marsal, existían cuatro maneras de analizar el desarrollo de la sociología norteamericana, cuatro perspectivas divergentes. La primera de ellas —que es la aquí nos interesa— es la de la institucionalización, practicada por Merton, Shils y Germani (que aplicó esta perspectiva a la sociología latinoamericana). Esta perspectiva, así es como lo interpreta Marsal, esconde la ideología propia del país hegemónico y de la sociología norteamericana colonizadora; algo que pasa inadvertido o que es ignorado por los sociólogos colonizados que la practican. Lo que se pone en juego es valorar la historia de la disciplina en función de su institucionalización, un terreno en el que los norteamericanos parecen vencer fácilmente a los europeos y al resto de países y regiones del mundo. Se trata, pues, de una perspectiva viciada en su origen, injusta y tramposa, puesto que subordina la historia de una disciplina (que tiene un pasado realmente mucho más complejo) a la simple institucionalización de la misma. Y deja, además, de lado cuestiones tales como la diferencia, la sociología no institucionalizada, las relaciones de poder, etc. Criticamos en este punto, finalmente, la unilateralidad de un planteamiento que sólo se centra en la institucionalización, además de pensar con Marsal que ni siquiera el estudio de la sociología mediante su institucionalización es una buena manera de llevar cabo trabajos de sociología de la sociología porque responde a los intereses de cierta sociología. Se utiliza, pues, un solo factor fundamental, y además se trata de un factor bastante cuestionable.

II. PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LA SOCIOLOGÍA

Una vez analizados los principales problemas que encontramos en numerosos trabajos de sociología de la sociología, vamos a presentar aquí algunos elementos para elaborar una teoría de sociología de la sociología, que pretende evitar caer en los errores que hemos señalado previamente. En primer lugar, habría que mencionar la evidente variabilidad de la disciplina sociológica, que sería algo así como la primera constatación desde la que partir. La premisa fundamental de cualquier sociología de la sociología debe ser, pues, partir de la variabilidad de la disciplina, aunque no nos extenderemos en ella por resultar evidente[6].

[6] Véase, en todo caso, Ribes Leiva (2005/2006).

1. Tres preguntas claves

Teniendo muy en cuenta todo lo anteriormente expuesto, vamos a pasar ya a elaborar unas herramientas que nos permitan dar respuesta a las siguientes tres preguntas: ¿cómo se ve un autor a sí mismo?; ¿cómo es visto un autor por los otros (instituciones, intelectuales, otros sociólogos, etc.)?, y ¿desde dónde ve lo que ve un autor? Las herramientas que nos darán la posibilidad de intentar una respuesta lo más precisa posible a las dos primeras preguntas serán los *criterios histórico-prácticos*. Y para la tercera pregunta propondremos nuestra *plantilla mínima de investigación*, fundamentada teóricamente, como veremos, en la propia tradición de la sociología de la sociología y en las aportaciones más interesantes que hasta hoy se han hecho en este campo o son aplicables en su estudio. Se trata, pues, de una doble estrategia para afrontar el problema de, por un lado, desde dónde ve un sociólogo y, por otro, cómo ve y cómo es visto un sociólogo.

2. Criterios histórico-prácticos

Pensamos, como ya pusimos de manifiesto en nuestra crítica de la sociología de la sociología, que uno de los errores fundamentales en los que puede incurrir una sociología de la sociología tiene que ver con la unilateralidad. Para evitar caer en la unilateralidad hemos elaborado estos criterios histórico-prácticos que se mueven en el espacio resultante al cruzar los polos Interior-Exterior y Objetivo-Subjetivo. Lo que proponemos es considerar la definición del propio autor como una de las variables a tener en cuenta, junto con otras como los cánones establecidos (parafraseando a Thomas: si los sociólogos definen a alguien como relevante para la sociología, éste formará parte de la tradición sociológica en sus consecuencias), las opiniones y las relaciones de los autores con otros intelectuales no expertos en sociología (no relevantes a la hora de configurar los cánones), las denominaciones institucionales (cargos académicos, etc.) y, por último, el análisis de los textos que el sociólogo estudiado escribió. Veamos todo esto en un cuadro, que después iremos desarrollando.

Criterios histórico-prácticos para una sociología de la sociología

	Interior	*Exterior*
Subjetividad (origen)	*1* Autodefinición Intenciones	*3* Valoraciones laxas Opinión de los expertos
Objetividad (resultados)	*2* Textos	*4* Opinión de los expertos (canon) Denominaciones institucionales

2.1. *Intenciones*

Creemos que para lograr una mejor comprensión de un sociólogo es preciso tener en cuenta las intenciones, las pretensiones del propio autor, la manera en que el autor definía su propio trabajo y el carácter que él pretendía darle a su producción intelectual. Consideramos de una importancia fundamental valorar lo que pretende o pretendía cada autor (cómo se veía a sí mismo, cómo veía la disciplina, de qué manera se situaba o pretendía situarse en el espacio de la disciplina sociológica o en espacios rivales, etc.). Como escribió Jones (1983: 458), la sociología de la sociología está interesada no sólo en lo que los autores dijeron en los textos, sino que también lo está en las intenciones y el significado que tenían dichos textos para los autores que los escribieron. En el mismo sentido, Gross (2002) llama la atención sobre el concepto, particularmente ignorado por los sociólogos de la sociología, de «sí mismo» que tiene un teórico y la propia narración que hace de su trayectoria intelectual y de su propia vida.

2.2. *Obras*

En segundo lugar, están las obras sociológicas que estos autores producen, cuyo análisis nos permitirá contrastar las intenciones (subjetivas) del autor con los resultados (objetivos). Normalmente, este aspecto es el más desarrollado, porque lo que abunda en los estudios sobre sociólogos es el análisis, hecho desde la subjetividad de un investigador, de sus textos, de las obras que finalmente son publicadas.

2.3. *Relaciones informales y opiniones*

Puede resultar asimismo útil prestar atención a las relaciones informales del autor. Fundamentalmente debemos considerar la manera en que ciertos intelectuales, más o menos próximos a la sociología pero que no son o no actúan como expertos en la disciplina (o no son reconocidos como tales), le consideraban o le consideran. También entrarían aquí los estudios de los expertos que desde su subjetividad pretenden analizar a los sociólogos y decidir sobre si son sociólogos (desde sus propias definiciones de sociología) y si sus trabajos son valiosos en alguna medida.

2.4. *Cánones y definiciones institucionales*

En cuarto lugar, es preciso atender a la opinión de los expertos, que, en sus resultados, van creando una realidad objetiva, una serie de cánones que formarían parte de la tradi-

ción sociológica. Los expertos escriben desde su subjetividad pero terminan configurando una realidad objetiva, al menos si atendemos al punto de vista del «nuevo» investigador que se aventura a estudiar a uno de los sociólogos que forman parte (o que está excluido) de la tradición sociológica. Además, habría también que prestar atención a otros criterios objetivos como son las denominaciones institucionales, como por ejemplo los cargos académicos, la pertenencia a asociaciones o academias, los premios, etc., que son datos o realidades histórico-prácticas con los que se encuentra el investigador y que también debe analizar y tener en cuenta. Estas denominaciones institucionales, que normalmente son consideradas como anécdotas o como datos biográficos que se presentan sin más, pueden ser muy relevantes a la hora de comprender la manera en que un autor determinado era visto por los demás en un determinado momento sociohistórico concreto.

En resumen, lo que proponemos es tener en cuenta los textos y las pretensiones (las intenciones), los cánones y las valoraciones laterales, así como las instituciones, a la hora de estudiar a un sociólogo desde la sociología. Estos criterios histórico-prácticos pueden y deben ser completados por otros elementos más generales, estrechamente relacionados con ellos, que veremos a continuación.

3. Plantilla mínima para la investigación

Hemos planteado, con los criterios histórico-prácticos, la necesidad de prestar atención a la manera en que el autor ve y la manera en que el autor es visto. Ahora nos vamos a ocupar de otra cuestión, no menos fundamental: ¿desde dónde ve un sociólogo? Nuestro punto de partida en este punto se basa en considerar a los sociólogos como individuos situados en múltiples lugares o espacios, de los que enseguida daremos cuenta, y en la intersección de numerosas relaciones desde donde escriben sus obras. Hemos llevado a cabo una división analítica que resume algunos de los elementos fundamentales a la hora de intentar examinar desde dónde ve un sociólogo. Lo que proponemos, por avanzar la idea rápidamente, es estudiar a los autores situados en relaciones diversas, o distintas posiciones, tanto dentro del espacio de la sociología como fuera del mismo, prestando especial atención a: las experiencias personales, el contexto sociohistórico coyuntural (y las instituciones con las que se relacionen que no estén dentro del campo sociológico, como por ejemplo el Estado), el contexto intelectual general (conformado por las distintas disciplinas concretas), la tradición sociológica y los discursos sobre sus obras (que son parte de sus obras y de ellos mismos), así como los públicos a los que van dirigidos los textos.

Hay, pues, que tener en cuenta todos estos factores para explicar la creación de una obra sociológica, que guardará estrecha relación con el estilo concreto que el autor elija, y, ade-

más, esta obra también puede contribuir a configurar (modificar o influir en) la sociedad. Además, y una vez estudiado todo lo anterior, proponemos no limitarnos a ello, sino profundizar en las ideas, en el legado de los sociólogos que estudiamos, y atender especialmente a la posibilidad de que sus ideas sean o no valiosas actualmente, atender también a si estas ideas y teorías aportan o no algún conocimiento acerca de un momento histórico determinado, o si en dichas obras hay ideas que permitan ser reconceptualizadas. Por otra parte, también consideramos relevante atender a las condiciones del éxito o el fracaso de las obras, centrando nuestra atención en las posibles repercusiones de las mismas y tratando, también, de explicar en cada caso cuáles son los factores que explican el éxito o el fracaso.

Se trata, pues, de re-situar en nuestro discurso a un autor en los lugares en los que estaba situado a la hora de elaborar sus teorías, reconstruir y explorar las relaciones en las que se hallaba inmerso, y de ahí pasar a las propias teorías para situarlas (o re-situarlas en el caso de que ya lo estuvieran previamente por algún otro discurso de sociología de la sociología) en el espacio de la disciplina sociológica, en concreto en la tradición sociológica, y, por supuesto, teniendo en mente la posibilidad de extraer egoístamente aquello que de valioso pudiera haber para nosotros (inmersos en nuestra coyuntura) en las teorías que estudiamos.

Estos elementos que conforman la plantilla mínima son algunos de los más importantes destacados por la tradición sociológica (y también de la propia de la sociología de la sociología), y han sido objeto de diversas formulaciones y reformulaciones. Se trata solamente de una propuesta de mínimos que incide sobre ciertos aspectos que giran en torno a la pregunta ¿desde dónde ve un sociólogo?

3.1. *Experiencias personales*

Numerosos autores han venido señalando la importancia de atender a las experiencias de la vida cotidiana de los sociólogos desde el supuesto que considera que éstas podrían influir en su producción intelectual. Gouldner (1973 y 1979), Alexander (1992) y Collins (2005) han destacado notablemente esta cuestión. Así, según argumenta Gouldner (1973: 17), «la teoría está siempre enraizada en las experiencias del teórico», y, más adelante, añade que «toda teoría es también personal, ya que inevitablemente expresa la experiencia personal de sus autores, la elabora y está impregnada de ella» (Gouldner, 1973: 45). El ejemplo que apunta Gouldner es el caso de Max Weber, quien, según este autor, desarrolló su teoría de la burocratización influido tanto por sus investigaciones históricas académicas como por su conocimiento directo de la burocracia alemana, y más concretamente de la burocracia gubernamental, más que de la privada (Gouldner, 1973: 48). En este mismo sentido, Alexander (1992: 11) destaca irónicamente que «al estudiar teorías no exami-

namos abstracciones flotantes sino obras de personas», algo que al mismo tiempo es una crítica a la historia de las ideas y una reivindicación del origen «personal» de las teorías, aunque desde nuestro punto de vista, como ya hemos mencionado, estas personas estén inmersas en distintos grupos al mismo tiempo que también van a influir en la construcción de su teoría, es decir, situadas en múltiples espacios al mismo tiempo. Como escribe Collins (2005: 21), «la totalidad de la historia humana está hecha de situaciones locales»[7], y el canal principal por el que discurren las energías de la creatividad intelectual «es el contacto personal, los encuentros cara a cara» (Collins, 2005: 67).

Tal y como ha señalado Lozano (1987), un relato sin narrador es imposible; y un narrador humano sin experiencias personales, sin vida cotidiana, simplemente no existe. A la hora de comprender las experiencias personales del sociólogo, tenemos una concepción de éste como hombre, como un sujeto social más, con la peculiaridad de que se dedica precisamente a estudiar a la sociedad, y, por ello, también hay que tener en cuenta todo aquello que hace no sólo como sociólogo, sino como sujeto. Según Gouldner (1973: 48), «el sociólogo atribuye una realidad decisiva a las partes limitadas del mundo social con el que lo pone en contacto su investigación, precisamente porque forman parte de su experiencia personal». Desde esta perspectiva, el teórico se valdría de lo que tiene a su alcance para elaborar las teorías y podría así situar en el centro mismo de la modernidad la burocratización (Weber) o la igualdad (Tocqueville) por la sencilla razón de que se trata de procesos accesibles para el autor en el momento y en el lugar en el que el teórico está desarrollando sus ideas. Dentro de las experiencias personales pueden tenerse en cuenta también los encuentros personales (cfr. Burke, 2002: 77; Collins, 2005), así como el impacto que tienen dichas experiencias en la autoimagen del sociólogo (Gross, 2002).

3.2. *Contextos (1): contexto sociohistórico general*

Como señaló Boudon (1974: 9), «es imposible reconstruir la historia de esta disciplina [de la sociología] sin ponerla en relación con la historia de las sociedades en que se inserta». Por ello, en segundo lugar, tenemos que hacer referencia al contexto sociohistórico general, cuya interacción con los sociólogos y con los científicos en general ha sido uno de los temas de estudio predilectos de la sociología del conocimiento y también de la sociología de la sociología, bien sea en la línea ascendente del esquema Sociedad-Teorías o bien en

[7] Veamos más ampliamente la idea de Collins (2005: 21), en sus propias palabras: «Las situaciones locales son el punto inicial del análisis, y no su punto final. Las microsituaciones no se detienen en lo individual, sino que más bien lo penetran, y sus consecuencias se extienden hacia el exterior por medio de redes sociales hasta una escala tan macro como se desee. La totalidad de la historia humana está hecha de situaciones locales. Nadie nunca ha estado fuera de ellas, y todas nuestras visiones del mundo, toda nuestra recolección de datos, provienen de ellas. Los problemas filosóficos respecto a la realidad del mundo, a los universales, a las otras mentes, al significado... tienen implícitamente su origen, justamente, en esa situacionalidad».

la descendente y más reciente (Teorías-Sociedad). La primera de las dos líneas la resume perfectamente la máxima bien conocida de Marx (1982: 178): «no es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, sino, por el contrario, su existencia social la que determina su conciencia». Tienen también especial relevancia algunas aportaciones de Mannheim (1990 y 1993) en este punto, o las más recientes de Camic (1987). En cuanto a la línea contraria, algunos trabajos, como las profecías que se autocumplen de Merton, los trabajos sobre reflexividad de Gouldner (1979), Friedrichs (1977), Lamo de Espinosa (1990), Bloor (1994), etc., han dado cuenta de ella. La relación Sociedad-Ideas/Ideas-Sociedad es un problema inevitable que debe tener bien presente todo aquel que analice a un autor desde la sociología de la sociología. Nuestra postura se muestra afín, en este punto concreto, a los trabajos que ponen de relieve que la relación que se produce entre la sociedad y las ideas no es sino una interacción continua, en la que se dan (o se pueden dar) tanto la postura marxiana como la contraria. La sociedad influye en los teóricos y los teóricos y sus obras influyen en la sociedad.

En este apartado que se centra en las relaciones de los teóricos con el contexto sociohistórico no hay que olvidar las relaciones de poder-saber, aspecto en el que ha insistido Foucault (2005). Nos referimos, en este contexto sociohistórico general, a un poder macro, basado en las relaciones internacionales, y que puede tener cierta relación con la manera en que los autores son leídos o no, admitidos o no en la tradición sociológica, y también ocuparán un importante lugar las subvenciones y los programas de investigación «subvencionables» (cfr. Picó, 2003)[8]. El poder en el nivel macro se convierte fácilmente en posibilidades reales de investigación en el nivel micro: como señalan Frickel y Gross (2005: 214), cualquier escuela o movimiento intelectual necesita recursos, y muy especialmente recursos económicos. Cómo se distribuyan estos recursos —a quién, para investigar qué, etc.— es una cuestión fundamental para la sociología. La historia reciente de la sociología norteamericana (el predominio absoluto del funcionalismo como único modo de hacer «sociología científica» después de la Segunda Guerra Mundial, solamente puesto en duda por la sociología marxista, hasta su declive en los años sesenta y setenta) puede muy bien servirnos como ejemplo de estas relaciones que es preciso tener en cuenta.

3.3. *Contextos (2): contexto intelectual general*

Continuando con los espacios donde debemos situar a los autores, tenemos que señalar, en tercer lugar, la influencia también importante de lo que podríamos llamar contexto intelectual general, que estaría compuesto por el resto de disciplinas, aparte de la sociología, ideas,

[8] Especialmente, véase el capítulo 2, en el que se aborda el papel de las fundaciones americanas (Rockefeller, Carnegie y Ford) en la Europa de la segunda posguerra (Picó, 2003: 81-103).

descubrimientos científicos, hallazgos literarios, etc. No hay duda de que este tipo de ideas también van a influir de una manera considerable en las teorías sociales, y, aunque el espacio intelectual podría ser incluido en el contexto general, parece adecuado distinguirlas, aunque sólo sea para poder desentrañar con mayor claridad las relaciones que pudieran darse entre sociólogos y otros intelectuales. En la terminología de Ritzer (1988), se trata de la dimensión externa-intelectual, es decir, la metateoría que se ocupa de analizar las relaciones de la teoría sociológica con, por ejemplo, la filosofía o la economía. Como ejemplo de estas influencias, y yendo más allá de lo dicho por Ritzer, mencionaremos el empleo de la fragmentación o la riqueza de utilizar diversos puntos de vista que Francisco Ayala adopta de Cervantes e incluye en sus trabajos sociológicos (Ribes Leiva, 2007), o el concepto de «afinidades electivas» que Weber toma de Goethe (González García, 1992), o incluso la transformación del positivismo hecha por Comte, de una tesis científica a una religión, en la que la novela *Tom Jones,* de Fielding, podría jugar un importante papel, según Lepenies (1992: 27).

3.4. *Contextos (3): el contexto de la disciplina sociológica o la tradición sociológica*

Sin duda, uno de los espacios más importantes a la hora de estudiar a un sociólogo es el espacio propio de la disciplina sociológica, que aquí estamos llamando «tradición sociológica». Entendemos por tradición sociológica todo el conjunto de textos (libros, manuales, libros de divulgación, artículos científicos o en prensa general), de palabras (clases universitarias, conferencias, conversaciones informales, etc.), y los modos de pensar o de hacer, las contradicciones y las posibilidades concretas (debates abiertos, problemas) e institucionales (lugares en los que se habla, se enseña o se aprende) de investigación que se derivan de los primeros; y todos estos elementos situados en espacios concretos sociohistóricos. Será en este espacio propio de la disciplina donde los intelectuales intenten situarse (mediante luchas, diálogos o exclusiones) y sean resituados (por los discursos de sociología de la sociología y por sus compañeros e instituciones). Dentro de este espacio sociológico —y también fuera, evidentemente—, tal y como señalaba Mannheim (1993: 3), los hombres «no se enfrentan con los objetos del mundo desde las abstractas alturas de una mente contemplativa, ni lo hacen exclusivamente como seres aislados. Al contrario, actúan unos contra otros, en grupos organizados de diferentes maneras, y al hacerlo piensan unos con otros y unos contra otros». Un elemento clave a la hora de configurar las teorías serán las relaciones de los sociólogos con otros sociólogos (tanto clásicos como contemporáneos). Asimismo, nos parece fundamental, de acuerdo con Jones (1983: 458), que analicemos este espacio de la tradición sociológica tratando de comprender, en vez de juzgar, haciendo un esfuerzo para entender las ideas elaboradas en el pasado, en vez de condenarlas como irracionales (irracionales desde nuestro presente). En la citada, y útil, terminología de Ritzer (1988: 190-192), éste es el espacio de lo interno-intelectual y de lo interno-social: por un lado, cabe aquí

estudiar internamente los fundamentos de la teoría sociológica, las cuestiones paradigmáticas, así como, por otro lado, la estructura y la organización institucional y de «colegios visibles e invisibles» que funcionan dentro de la tradición sociológica.

Para estudiar el contexto sociológico, la tradición sociológica, aunque no tengamos espacio aquí para desarrollar ampliamente esta cuestión, vamos a sugerir el empleo de dos conceptos: el concepto, matizado, de Mannheim de las «posiciones» y un concepto amplio de generación. Veamos el primero de ellos. Según señalara Mannheim (1990), para llevar a cabo una sociología del saber era preciso examinar las «constelaciones» en las cuales surge el conocimiento. De una manera más concreta, Mannheim propone un programa de investigación basado en el análisis de las posiciones dentro de una misma «constelación» histórico-social: «nuestro propósito —dice Mannheim— no es plasmar el *devenir* histórico-social de las distintas posiciones desde las que hoy podemos ver el mundo, sino establecer mediante un *corte transversal* aleatorio las posiciones en su simultaneidad, para sacar a la luz los principios sistemáticos desde los que hoy puede abordarse una *cuestión* nueva y para poder, asimismo, preguntar desde las distintas posiciones modos relativamente dispares» (Mannheim, 1990: 27). Por tanto, aclara nuestro autor, «del análisis de la constelación se deriva, como nueva tarea, la necesidad de un análisis de las posiciones» (Mannheim, 1990: 27). Desde la posición perspectivista, que es la adecuada de las cuatro disponibles para llevar a cabo una sociología del saber, según Mannheim, es preciso relacionar las posiciones con los estratos sociales. Una vez identificadas las distintas posiciones se debe encontrar la correspondencia de éstas con el mundo social. Se trata de buscar una correspondencia entre las posiciones del pensamiento y las posiciones sociales. Una posible estrategia para lograrlo se basa en investigar qué «estratos sociales» pueden atribuirse a los «estratos espirituales». Los «estratos espirituales» vienen a ser una suerte de clases sociales que originan las distintas posiciones, las distintas visiones del mundo que forman parte del mismo momento histórico-social. Podría decirse que son clases sociales intelectuales que se relacionan con las clases sociales económicas. Precisamente el matiz al que hacíamos referencia más arriba, nuestra discrepancia con Mannheim, se encuentra en el último paso que propone dentro de su programa para una sociología del saber. Pensamos que no es preciso —ni siquiera adecuado, según el momento histórico que estudiemos— tratar de relacionar las posiciones intelectuales con las posiciones económicas, a pesar de que haya toda una buena tradición de trabajos cuyo objetivo se base en este empeño. Nuestro interés se centrará, en cambio, en tratar de identificar posiciones dentro de la tradición sociológica; posiciones que se encuentren vigentes en un momento determinado y que estén disponibles para los nuevos investigadores, y que nos permitan ver una estructura coyuntural de posibilidades y de divisiones.

En cuanto a la relación entre los sociólogos hay que añadir también algunas ideas del planteamiento de Levine, cuya propuesta fundamental para una sociología de la sociolo-

gía se basa en estudiar la tradición sociológica de un modo dialógico, es decir, teniendo en cuenta los distintos diálogos que se establecen entre los distintos teóricos sociales que son reconocidos como propios dentro de la tradición sociológica (Levine, 1995: 95-100). Según señala Levine, la fragmentaria y anómica visión de la sociología debe ser aliviada mediante el esfuerzo de recuperar la tradición sociológica, no estableciendo un conjunto común de conocimientos para todos, sino reconociendo que las múltiples ramas de la sociología descienden de los participantes en una conversación común (cfr. Levine, 1995: 95-96). En un sentido parecido, Collins (2005) atribuye una importancia decisiva a los «Rituales de Interacción» —y a las redes de intelectuales—, mediante los cuales los teóricos se relacionan unos con otros y también con lo sagrado —ideas, libros—, y de donde obtienen su Capital Cultural y su Energía Emocional, conceptos claves para la imagen y la autoimagen del intelectual, e incluso para determinar la producción (en cantidad y calidad) de los autores.

El contexto de la disciplina sociológica puede verse también, y de forma complementaria a los postulados de Mannheim, Levine y Collins —pese a las diferencias entre unos y otros—, en la línea de Kuhn, seguida por Frickel y Gross (2005), como un lugar en el que se suceden «movimientos científicos e intelectuales», de manera similar a lo que ocurre con los movimientos sociales[9]. Sin olvidar tampoco el origen de la sociología como disciplina, y las diferentes pugnas y luchas que entablan los primeros sociólogos con otras disciplinas (con la psicología, la filosofía y la literatura, especialmente) con el fin de diferenciarse y lograr un espacio legítimo, reconocido y propio, un ámbito particular (Heilbron, 1995).

Decíamos antes que íbamos a tener muy en cuenta el concepto de posiciones de Mannheim y que también consideramos útil emplear un concepto amplio de generación. Concepto, por cierto, sobre el que la sociología clásica española ha reflexionado con notables aciertos: desde Ortega a Ayala, pasando por Marías y Laín (Ribes Leiva, 2005). Aunque tal vez tenga más actualidad y relevancia el especial interés que concede Collins (2005) a las generaciones de intelectuales[10]. De hecho, para Collins (2005: 63), la importancia de em-

[9] En la definición de Frickel y Gross (2005: 206,) un «movimiento científico/intelectual» es un esfuerzo colectivo para perseguir y defender programas de investigación o proyectos de pensamiento que se contraponen con otros disponibles en la comunidad científica o intelectual. Los movimientos científicos/intelectuales, para ser considerados como tales, deben ser autoconscientes, albergar intenciones normativas, son inevitablemente políticos, se constituyen mediante algún tipo de acción colectiva, son fenómenos episódicos y tienen una gran variedad de empeños y alcances (Frickel y Gross, 2005: 206-208). Es interesante la propuesta de estos autores, puesto que completa y sistematiza las aportaciones de Mannheim, Levine o Bourdieu. Véase también el trabajo de Camic (1987), que une el contexto social general con la posición que ocupa un autor en un determinado momento en la tradición sociológica.

[10] Según Collins (2005: 56), «se dan tres generaciones activas por siglo, correspondientes a la duración normal de la madurez creativa en la vida de un individuo. Por eso, cada individuo se superpone a las generaciones inmediatamente anterior y posterior: hasta los 33 años aproximadamente, como discípulo protegido de la generación anterior; después, como mentor o como obstáculo para la generación más joven».

plear un concepto de generaciones es tal que incluso se convierte en la auténtica razón de ser de una sociología de los intelectuales: «la tarea de la sociología consiste en ver qué relación hay entre, por un lado, el primer plano humano de una generación en particular (...) y, por otro, la secuencia de generaciones, crudamente estructurada».

Sin ánimo de formular un concepto de generación, y teniendo en cuenta a estos autores pese a las discrepancias entre unos y otros, se puede concluir que puede resultar fecundo manejar la idea de que existan una serie de afinidades entre los nacidos en un mismo periodo de tiempo (sin caer en la rigidez orteguiana de los quince años, ni en la rigidez de Collins de los treinta y tres años), y que precisamente por ese motivo ciertos sociólogos encuentren parecidas oportunidades y dificultades y tengan también una común experiencia en la tradición sociológica. Un amplio concepto de generación puede combinarse con el concepto de posiciones de Mannheim, y también vincularse a algunas ideas de Bourdieu (1995 y 1999) sobre los campos[11]. En concreto, la idea de las «revoluciones simbólicas» que suceden en los campos y que son llevadas por parte de los propios integrantes del campo, y que se expresan en los términos propios del campo, y son capaces de reorientar o solucionar problemas que le son propios. Según Bourdieu, en sus luchas por situarse en el campo, los autores juegan el juego del campo (mediante la *illusio*), y con el objetivo de situarse o de afianzar su posición en el campo llevan a cabo sus apuestas, sus productos intelectuales, cuyo efecto, de ser exitoso y siempre que sea capaz de trastocar el campo, se convertirá en una «revolución simbólica». De hecho, siempre siguiendo a Bourdieu, una manera de entrar en un determinado campo, de ocupar una posición, es mediante una de estas «revoluciones simbólicas». La cuestión generacional podría servir para completar estos argumentos. En todo caso, tener en mente la posibilidad de emplear un concepto amplio de generación, entendido tal y como aquí lo estamos enunciando, requiere acudir a la práctica de las relaciones que tuvieron lugar, y comprobar así si aporta algún tipo de beneficio a la investigación. De una forma u otra, un concepto de generación ha sido empleado frecuentemente en numerosas sociologías de la sociología y ha mostrado resultar bastante eficaz y clarificador (cfr., por ejemplo, Sorokin, 1964; Wright Mills, 1999; Bourdieu y Passeron, 1975; Collins, 2005).

Es, sin duda, fundamental analizar las relaciones entre los sociólogos: examinar los diálogos entre teóricos, como proponía Levine; entre generaciones de teóricos, como propone Collins, y también las luchas por imponer una forma de concebir lo real, la sociedad, o, incluso, la sociología misma (Bourdieu, 1995). Será imprescindible, pues, examinar la práctica de las relaciones, y no sólo las que se dan entre los individuos, sino también las de és-

[11] De hecho, el concepto de «posiciones» de Mannheim y la propuesta de Bourdieu sobre los campos guardan una más que estrecha relación.

tos con las instituciones, la tradición sociológica general o alguna en particular, el modo de ser sociólogo en el contexto nacional, etc., y el resultado de todos estos análisis nos dará una idea general de las condiciones de posibilidad (lo que Collins llama la «estructura de posibilidades») con las que se encuentran los sociólogos dentro de su espacio concreto más inmediato. No basta, por tanto, con atender a las relaciones entre los teóricos (intelectuales o personales), sino que también es preciso contar con las cuestiones institucionales; con lo que se ha llamado los «colegios visibles» (Cappel y Guterbock, 1992). Es preciso tener en cuenta la manera en que funciona ese campo intelectual concreto una vez constituido, y la manera en que influye en los trabajos de los sociólogos mediante programas de estudios y de investigación abiertos, y con fondos disponibles, programas de doctorado instituidos, debates abiertos, relaciones con otras disciplinas, con la opinión pública, etc.; en fin, se trata de considerar las condiciones de posibilidad, así como la manera en que la tradición sociológica y la estructura de la comunidad sociológica influyen en los sociólogos a la hora de llevar a cabo sus trabajos e investigaciones.

Además, tal y como intentábamos realzar en nuestros criterios histórico-prácticos, es preciso tener muy en cuenta a los discursos sobre los discursos, es decir, a la sociología de la sociología (más o menos elaborada), que será, a fin de cuentas, la que vaya a establecer los límites de la tradición sociológica. Como escribe Collins (2005: 61), «la grandeza intelectual es precisamente el efecto que uno tiene en la historia intelectual, su influencia sobre las generaciones siguientes». El discurso (2), el de los sociólogos de la sociología, sobre el discurso (1), el de los sociólogos objeto de estudio, forma parte del discurso (1), lo completa momentánea y provisionalmente, le da sentido y le asigna valor. Ambos discursos (1 y 2) son, en principio, infinitos. Así, un texto aparentemente terminado, cerrado, no lo estará, sino que quedará abierto a las interpretaciones que otros textos, o discursos, vayan elaborando a partir de él. Y, tal y como venimos señalando, de hecho, un texto que no entre a formar parte del juego de las interpretaciones (y que, por tanto, quede fuera de la tradición sociológica) no existirá, no habrá creado una diferencia que le permita *ser*; será tan sólo una posibilidad, que, en el caso de contar con el «enfoque sociológico», se convertirá en un posible libro de sociología, a la espera de ser reivindicado como tal. Como escribió Bourdieu (2002b: 56-57): «todo lo sagrado tiene su complemento profano, toda distinción produce su vulgaridad y la rivalidad por la existencia social conocida y reconocida, que salva de la insignificancia, es una lucha a muerte por la vida y la muerte simbólica. "Citar", dicen los cabilos, es "resucitar". El juicio de los otros es el juicio final; y la exclusión social la forma concreta del infierno y la maldición». Por ello, tanto el primer discurso (lo que sería un libro cualquiera considerado «sociológico») como el segundo (una hipotética serie de libros de sociología de la sociología que trataran sobre el primero) son ilimitados; el primero, porque inevitablemente será completado (o, de lo contrario, simplemente *no será*) con las interpretaciones coyunturales a que se vea sometido, y, de hecho, en diversos momentos (o desde

distintas Escuelas) tendrá significados diferentes; y el segundo, porque no hay nada que ponga freno a múltiples y variadas interpretaciones o estudios sobre un libro, y, en cierto modo, cada «escuela» o momento histórico necesita hacer una revisión apropiada de los textos, una historia propia de la disciplina (Levine, 1995).

3.5. *Públicos, lenguajes y estilos*

Los públicos también son una parte fundamental de las teorías, así como los estilos, y es preciso tener en cuenta las posibles audiencias a las que son dirigidos los textos a la hora de hacer una sociología de la sociología (Coser, 1971). En cierto modo, acabamos de referirnos al público, cuando hablábamos de los historiadores de la sociología y de los sociólogos de la sociología o de la comunidad sociológica. Pero hay más público potencial fuera de la tradición sociológica, fuera del campo de la sociología. Algunos sociólogos practican un tipo de sociología que dimos en llamar «sociología difusa» (Ribes Leiva, 2002) con la intención de llegar a un público más amplio. Empleando un «enfoque sociológico» concreto, escriben textos para periódicos o publican ensayos. El destinatario modifica la obra y también el estilo y los lenguajes que se emplean. Los públicos, como ha señalado McLaughlin (1998), pueden determinar el éxito o el fracaso de una obra o de una teoría, puesto que la reputación de los intelectuales y de los académicos —igual que sus ideas— está condicionada por factores históricos y sociológicos, entre los que se pueden situar el «clima intelectual», las tradiciones nacionales, el prestigio intelectual y las características personales del autor (McLaughlin, 1998: 218).

Lo que nos importa destacar en este punto es la importancia del lenguaje y de los estilos de hacer sociología. Nisbet (1979), siguiendo a Mannheim, considera que es posible emplear el concepto de estilo, situado históricamente, además de en las artes, en la historia de la filosofía y en la historia de la ciencia. Y lleva más lejos su análisis considerando que, además de los estilos, es transferible otro concepto como el de los temas. En todo caso, las ideas que un autor expresa encuentran siempre un reflejo en el lenguaje que emplee. Y no sólo son un reflejo, sino que, como señalaba Friedrichs (1977: 151), los «instrumentos lingüísticos» que se emplean son filtros que también van a determinar los límites de las preguntas mismas que podemos formular. Aspectos tales como la utilización u omisión de las citas, el lenguaje impersonal o el yo, la autorrelativización de lo que se expone o la pretensión de estar expresando la verdad dicen mucho acerca de los autores, de las «escuelas» y del momento histórico en el que todo esto sucede. Y, también, de un modo velado las formas nos explican lo que los autores entienden por sociología, cuál es su concepción última de lo que es y lo que debe ser sociología.

3.6. *Ideas y teorías*

En último lugar, dentro de nuestra plantilla mínima para la investigación en sociología de la sociología están las ideas y las teorías: la producción intelectual. Comprender la manera en que surgen las ideas de los teóricos, la manera en que éstas son aceptadas o rechazadas, no debe llevarnos a ignorar en sí mismas a las ideas. Al tiempo que comprendemos la forma en que surgen las ideas, estamos capacitados para profundizar en ellas. La sociología de la sociología que estamos caracterizando debe prestar atención a las ideas, y no sólo a los protagonistas y sus vicisitudes (biografía, títulos de los libros publicados, lugares en los que desarrolló su trabajo, etc.). Sería quedarse a mitad de camino situar al autor en sus contextos y olvidarse de qué era lo que defendía, proponía o criticaba, algo que si se hace pormenorizadamente nos demuestra que el análisis del autor es inseparable de la situación histórica, intelectual y social en la que vivía el autor o el grupo de autores que se tomen como objeto de estudio.

Evidentemente, se trata de un elemento fundamental, puesto que, en el fondo, lo importante son las ideas (una vez analizada su gestación, las razones de su éxito o fracaso, o la repercusión social de las mismas, etc.), lo que sostiene cada autor, o cada escuela, y es importante situarlos, saber cómo han pensado lo que han pensado, pero siempre para conocer más profundamente estas ideas, y aprovecharlas en lo que tengan de recuperable, aunque sea para pensar con un autor o contra un autor, o incluso con un autor contra él mismo. Podríamos decir, con Medina Echavarría (1953: 234-235), que «lo que importa no es aprender ideas, sino revivirlas, repensarlas, hacerlas propias».

Prestar una atenta y minuciosa atención a las ideas es algo que tienden a olvidar algunos sociólogos de la sociología (y el problema se agudiza en el caso concreto de la historia de la sociología española), y que nosotros, en cambio, consideramos inseparable de cualquier trabajo de sociología de la sociología.

III. PARA CONCLUIR

En estas páginas hemos elaborado una crítica de la sociología de la sociología y, a continuación, hemos propuesto un modelo teórico que pretende sortear los problemas más graves a los que se enfrenta este campo. En otras palabras, hemos tratado de responder a la pregunta que titula este artículo, ¿cómo nos estudiamos a nosotros mismos?, para después proponer una manera determinada de estudiarnos. En realidad, el artículo es una llamada de atención, una respuesta (si se quiere) a las palabras de Merton y Gouldner, sobre la necesidad de formular teóricamente los presupuestos para llevar a cabo investigaciones

en esta materia. No nos parece adecuado que se deje tanto espacio a la improvisación y a la subjetividad irreflexiva de los sociólogos de la sociología, cuando este subcampo de la disciplina cuenta ya con una importante tradición desde la que es posible elaborar un marco teórico. Obviamente, el marco teórico aquí propuesto —basado en los criterios histórico-prácticos y en la plantilla mínima para la investigación— para llevar a cabo investigaciones de sociología de la sociología puede muy bien resultar incompleto y, posiblemente, precise de críticas y matizaciones sobre algunas de las cuestiones señaladas. Sin embargo, consideramos que la plantilla mínima de la investigación, junto con los criterios histórico-prácticos, nos ofrecen un buen punto de partida, enraizado además en la tradición de la sociología de la sociología.

BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDER, J. C. (1992): *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional,* Gedisa, Barcelona.

BORGES, J. L. (1995): «Pierre Menard, autor del Quijote», en J. L. Borges, *Narraciones*, Cátedra, Madrid.

BOUDON, R. (1974): *La crisis de la sociología*, Editorial Laia, Barcelona.

BOURDIEU, P. (1995): *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona.

— (1999): *Meditaciones Pascalianas*, Anagrama, Barcelona.

— (2002a): *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.

— (2002b): *Lección sobre la lección*, Anagrama, Barcelona.

BOURDIEU, P., y PASSERON, J. C. (1975): *Mitosociología*, Libros de Confrontación, Barcelona.

BLOOR, D. (1994): «El Programa Fuerte en la sociología del conocimiento», en L. Olivé (comp.), *La explicación social del conocimiento*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

BURKE, P. (2002): *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Paidós, Barcelona.

CAMIC, Ch. (1987): «The making of a method: a historical reinterpretation of the early Parsons», en *American Sociological Review*, vol. 52, n.º 4, agosto.

CAPPEL, Ch. L., y GUTERBOCK, T. M. (1992): «Visible Colleges: the social and conceptual structure of sociology», en *American Sociological Review*, vol. 57, n.º 2, abril.

COLLINS, R. (2005): *Sociología de las filosofías: una teoría global del cambio intelectual*, Editorial Hacer, Barcelona.

COSER, L. (1971): *Masters of Sociological Thought,* Harcourt Brice, Nueva York.

CRANE, D. (1965): «Scientists at major and minor universities: a study of productivity and recognition», en *American Sociological Review*, vol. 30, octubre.

FOUCAULT, M. (1979): *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México.

— (2005): *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid.

FRIEDRICHS, R. W. (1977): *Sociología de la Sociología*, Amorrortu, Buenos Aires.

FRICKEL, S., y GROSS, N. (2005): «A general theory of scientific/intellectual movements», en *American Sociological Review*, vol. 70, abril.

GIDDENS, A. (2001): *En defensa de la sociología*, Alianza Editorial, Madrid.

GONZÁLEZ GARCÍA, J. M. (1992): *Las huellas de Fausto: la herencia de Goethe en la sociología de Max Weber*, Tecnos, Madrid.

GOULDNER, A. (1973): *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu, Buenos Aires.

— (1979): *La sociología actual: renovación y crítica*, Alianza Universidad, Madrid.

GROSS, N. (2002): «Becoming a pragmatist philosopher: status, self-concept, and intellectual choice», en *American Sociological Review*, vol. 67, n.º 1, febrero.

HARAWAY, D. (1995): *Cyborgs, mujeres y simios*, Cátedra, Madrid.

HEILBRON, J. (1995): *The rise of social theory*, Polity Press, Cambridge.

JONES, Robert Alun (1983): «The new history of sociology», en *Annual Review of Sociology*, vol. 9.

LAMO DE ESPINOSA, E. (1990): *La sociedad reflexiva*, CIS, Madrid.

LATOUR, B. (1992): *Ciencia en Acción: cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*, Labor, Barcelona.

LEPENIES, W. (1992): *Between Literature and Science. The rise of Sociology*, Cambridge University Press (traducción al castellano: *Las tres culturas: la sociología entre la literatura y la ciencia*, FCE, México, 1994).

LEVINE, D. (1995): *Visions of the sociological tradition*, The University of Chicago Press, Chicago.

LOZANO, J. (1987): *El discurso histórico*, Alianza, Madrid.

LUHMANN, N. (1996): *Introducción a la Teoría de Sistemas*, Universidad Iberoamericana, AC, México.

MANNHEIM, K. (1990): *El problema de una sociología del saber*, Tecnos, Madrid.

— (1993): *Ideología y Utopía*, FCE, México.

MARSAL, J. F. (1977): *La crisis de la sociología norteamericana*, Península, Barcelona.

MARX, K. (1982): «Sobre la existencia social y la conciencia», en G. Remmling (comp.), *Hacia la sociología del conocimiento*, Fondo de Cultura Económica, México.

McLAUGHLIN, N. (1998): «How to become a forgotten intellectual: intellectual movements and the rise and fall of Erich Fromm», en *Sociological Forum*, vol. 13, n.º 2, junio.

MEDINA ECHAVARRÍA, J. (1953): *Presentaciones y planteos. Papeles de sociología*, Universidad Nacional de México DF, México.

MERTON, R. K. (1985): *La sociología de la ciencia*, 2 vols., Alianza Universidad, Madrid.

— (1990): *A hombros de gigantes*, Península, Barcelona.

— (2002): *Teoría y estructuras sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.

NISBET, R. (1979): *La sociología como forma de arte*, Espasa-Calpe, Madrid

PICÓ, J. (2003): *Los años dorados de la sociología (1945-1975)*, Alianza, Madrid.

RIBES LEIVA, A. J. (2002): «Introducción a la sociología de Francisco Ayala: reflexiones en torno a la Ley de Unificación del Mundo», en *Sistema*, n.º 166, enero.

— (2004): «Hacia el siglo XXI: algunas aportaciones recientes a la sociología de la sociología», CD del *VIII Congreso Nacional de Sociología: Transformaciones globales. Confianza y riesgo,* Federación Española de Sociología (FES).

— (2005): *El enfoque sociológico en la producción intelectual de Francisco Ayala: una sociología de la sociología*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

— (2005/2006): «El enfoque y la tradición sociológica», en *Sociológica,* n.º 6.

— (2007): *Paisajes del siglo xx: sociología y literatura en Francisco Ayala*, Biblioteca Nueva, Madrid.

RITZER, G. (1988): «Sociological metatheory: a defense of a subfield by delineation of its parameters», en *Sociological Theory*, vol. 6, n.º 2, otoño.

SOROKIN, P. (1964): *Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines*, Aguilar, Madrid.

SQUILLACE, F. (1916): *Diccionario de Sociología*, F. Granada y C.ª, Editores, Barcelona.

TORRES ALBERO, C. (1994a): «La sociología de la sociología», en E. Lamo de Espinosa, J. M. Gónzalez García y C. Torres Albero, *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Alianza Universidad, Madrid.

— (1994b): «La sociología del conocimiento y de la ciencia de R. K. Merton», en E. Lamo de Espinosa, J. M. Gónzalez García y C. Torres Albero, *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Alianza Universidad, Madrid.

— (2002): «Notas sobre la evolución y el papel de la sociología de la sociología», en VV.AA., *La sociedad: teoría e investigación empírica. Libro homenaje a José Jiménez Blanco*, CIS, Madrid.

WRIGHT MILLS, Ch. (1999): *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.